

Las lecturas públicas

Se conoce con el nombre de *lecturas*, a los discursos improvisados o leídos sobre cualquier asunto ante una reunión numerosa en un lugar público. Las materias son, por lo general, científicas, literarias y religiosas; lo que contribuye a hacer de aquellos discursos un fondo de instrucción para el pueblo y, por consiguiente, un auxiliar de la educación pública.

Los oradores más afamados, los más distinguidos escritores, los profesores más célebres dan, frecuentemente, lecturas en las ciudades más notables. En este momento Mr. Everett, hombre de Estado y orador de universal reputación en la república, prosigue la noble empresa de reunir por medio de lecturas un fondo suficiente para comprar el terreno en que se halla el sepulcro de Washington, para convertir en pública la propiedad que hoy permanece en manos de un particular.

La presencia de tales notabilidades es un nuevo impulso que eleva la dignidad popular pues el hombre del pueblo no puede menos que concebir algún aprecio de sí mismo al ver que las más altas categorías lo solicitan para dirigirle la palabra sobre los asuntos más serios y delicados.

No hay quizá un solo día en que los diarios aparezcan sin el anuncio de una o muchas lecturas; y para que nadie se vea inducido a sacrificar el tiempo que necesita para sus ocupaciones, se señala generalmente la noche para aquéllas.

El bajo precio que se exige a cada uno para ser admitido hace que la utilidad y el placer de tales discursos se encuentren al alcance de las fortunas más modestas; de manera que a costa de US\$ 3 ó US\$ 4 un artesano o un estudiante pobre puede adquirir en una serie de lecturas notable suma de conocimiento en cualquier ramo.

Como muestra del gusto que hay en el pueblo por todo lo que puede ilustrarlo, no es de más expresar aquí el hecho de que estas lecturas suelen

contar a menudo con un auditorio de dos, tres, cuatro y aun cinco mil individuos, según la importancia de la materia y el crédito del orador.

Se deja ver por esto cuán fácil es para una persona de sólida instrucción y elevada inteligencia ganar las simpatías del público, formarse una reputación y aun proveer a su propia subsistencia por medio de lecturas que interesen al pueblo.

A falta de un sistema de educación pública ampliamente realizado, y de un número suficiente de publicaciones periódicas, sería muy útil introducir en las ciudades principales de Sudamérica la benéfica costumbre de las lecturas públicas. Además del contingente que suministrarían a la enseñanza del pueblo, ellos ofrecerían un recurso decoroso a muchos jóvenes que, por falta de capital y de industria, se ven obligados a lanzarse en las revoluciones cuando no pueden obtener un lugar en las carreras del Estado. En épocas de tranquilidad servirían para disminuir el número de los que, por las mismas causas, están destinados a pesar sobre el erario ocupando puestos excedentes o sobre la sociedad entera por medio de la inacción a que se ven en cierto modo condenados.

En los países como el Perú, por ejemplo, donde no hay escuelas de artes e industrias (a lo menos una en cada capital de departamento) y donde no se educa a los jóvenes sino para el foro, la profesión médica o la política, tiene que haber forzosamente una multitud de individuos faltos de ocupación y de recursos, supuesto que aquellas profesiones no pueden proveer sino al sostenimiento de un limitado número de personas. Las demás, al no poseer alguna propiedad, tienen que vivir de los empleos públicos; y he aquí la verdadera razón por la cual ningún gobierno ha podido cumplir, hasta ahora, con la reducción que todos ellos se han propuesto hacer en las listas militar y civil de la república. Así, una de las más urgentes necesidades de la política en el Perú es abrir vías donde pueda lanzarse la juventud, dar campo a su actividad y alejarla de la necesidad de pretender las colocaciones oficiales.

De lo contrario la misma inteligencia e instrucción de los jóvenes se convierte en un arma terrible para la tranquilidad pública por lo fácil que les es seducir y arrastrar a las masas ignorantes y crédulas, como se ve palpablemente en las revoluciones de Arequipa, que tantas veces han ensangrentado y esquilado el país. Como la base de la estabilidad en las leyes es la moral pública, que no puede existir sin la educación, fácil es ver que si a la falta de ésta se añade la acción desorganizadora de hombres inteligentes, impulsados por la mano implacable de las necesidades personales, no habrá constitución ni ley, por sabia que sea, que puedan subsistir.

No abandonaré este asunto de *lecturas* sin consignar un hecho extraordinario que se realiza en este instante, y que descubre uno de los más singulares fenómenos que se pueda ver en la inteligencia humana. El personaje que hoy llama la atención pública y cuyo nombre atrae millares de concurrentes en la metrópoli de la Unión (porque la verdadera metrópoli es Nueva York) es una niña de cuatro años de edad. ¡El público acude y la oye leer las páginas de autores tan célebres y difíciles como Shakespeare!

Esta prodigiosa precocidad me ha hecho recordar un concierto en que tocó el piano en Lima una niña peruana de la misma edad que la anterior. No sé si la sociedad o el gobierno han dado alguna muestra de protección a ese talento precoz para evitar que muera más tarde por falta de estímulo.